LA HIERBA MORTAL
AGATHA CHRISTIE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Ahora usted, Mrs. B -dijo sir Henry Clithering. Mrs. Bantry, su anfitriona, lo miró con aire de reproche.

-Le he dicho muchas veces que no me gusta que me llame Mrs. B. Es una falta de respeto.

-Scherezade, entonces...

-¡Y menos aún Sch... cómo se llame! Nunca fui capaz, de contar una historia con propiedad. Pregúntele a Arthur si no me cree.

-Eres bastante buena relatando los hechos, Dolly -exclamó el coronel Bantry-, pero no sabes adornarlos.

-Eso es -respondió Mrs. Bantry, hojeando el catálogo de bulbos que tenía ante ella-. Les he estado escuchando a todos y no sé cómo lo hacen. "Él dijo, ella dijo, yo me pregunté, ellos pensaron, todos supieron..." Bueno, pues ¡yo no sé! Y además no tengo ninguna historia interesante que contar.

-No podemos creerlo, Mrs. Bantry -dijo el doctor Lloyd meneando su cabeza de grises cabellos con incredulidad.

La anciana miss Marple dijo con su dulce voz:

-Seguramente, querida...

Mrs. Bantry continuó insistiendo obstinadamente.

-Ustedes no saben lo monótona que es mi vida. Entre las dificultades del servicio, ir a la ciudad de compras, al dentista y a Ascot (lo que por cierto odia Arthur), y luego el jardín...

-¡Ah! -dijo el doctor Lloyd-. El jardín. Ya sabemos todos dónde tiene usted puesto su corazón, Mrs. Bantry.

-Debe de ser muy bonito tener un jardín -dijo Jane Helier, la hermosa y joven actriz-. Es decir, cuando no hay que cavar y ensuciarse las manos. ¡Me gustan tanto las flores!

-El jardín -exclamó sir Henry-. ¿No podríamos tomarlo como punto de partida? Vamos, señora. ¡El bulbo envenenado, los narcisos de la muerte, la hierba mortal!

-Es curioso que haya dicho eso -observó Mrs. Bantry-. Acabo de recordar una cosa. Arthur, ¿te acuerdas de aquel caso que se presentó ante el juzgado de Clodderham? Ya sabes. El del viejo sir Ambrose Bercy. ¿Recuerdas que lo considerábamos un anciano cortés y encantador?

-Vaya, pues es verdad. Sí, fue un caso extraño. Adelante, Dolly.

-Sería mejor que lo contaras tú, querido.

-Tonterías, adelante. Eres muy capaz de dirigir tu propio barco. Yo ya he cumplido con mi parte.

Mrs. Bantry inspiró profundamente y, entrelazando las manos y con rostro angustiado, empezó a hablar muy deprisa.

-Bueno, en realidad no hay mucho que contar. La hierba mortal es lo que me lo ha hecho recordar, aunque yo lo llamo salvia y dedalera.

-¿Salvia y dedalera? -preguntó el doctor Lloyd.

Mrs. Bantry asintió.

-Así es como sucedió. Arthur y yo estábamos en casa de sir Ambrose Bercy, en Clodderham Court, y un día, por error (un error que siempre consideré muy estúpido), cogieron un montón de hojas de dedalera entre la salvia. Aquella noche cenamos pato relleno con salvia y todos se sintieron mal, y una pobre muchacha, la pupila de sir Ambrose, murió.

Se detuvo.

-Vaya, vaya -dijo miss Marple-, qué tragedia.

-¿Verdad?

-Bien -replicó sir Henry-, ¿y qué pasó luego?

-Pues nada más -contestó Mrs. Bantry-, eso es todo.

Todos se quedaron sorprendidos. Aunque ya habían sido advertidos, no esperaban una brevedad semejante.

-Pero, mi querida señora -insistió sir Henry-, tiene que haber algo más. Lo que usted acaba de contarnos es un caso trágico, pero no tiene nada de problema.

-Bueno, claro que hay algo más -dijo Mrs. Bantry-. Pero si se lo dijera, ya sabrían de qué se trata.

Y mirando desafiadoramente a los reunidos les dijo con sencillez:

-Ya les dije que yo no sabía adornar las cosas y convertirlas en una verdadera historia.

-¡Aja! -exclamó sir Henry ajustándose las gafas-. ¿Sabe, Scherezade, que es muy ingenioso su modo de desafiar nuestro ingenio? No estoy seguro de que no lo haya hecho a propósito para estimular nuestra curiosidad. Propongo una ronda de preguntas. Miss Marple, ¿quiere usted empezar?

-Me gustaría saber algo de la cocinera -dijo miss Marple-. Debía de ser una mujer muy tonta o muy inexperta.

-Era muy tonta -replicó Mrs. Bantry-. Después se lamentaba un montón y decía que le habían llevado las hojas como si fueran de salvia, ¿y cómo iba ella a saber que no lo eran?

-Cualquiera lo hubiera visto -dijo miss Marple.

-¿Probablemente era una mujer mayor y buena cocinera?

-Excelente -contestó Mrs. Bantry.

-Ahora le toca a usted, miss Helier -dijo sir Henry.

-¡Oh! ¿Se refiere a que me toca preguntar? -hubo una pausa mientras Jane reflexionaba y al fin dijo: La verdad es que no sé qué preguntar.

Sus hermosos ojos miraron suplicantes a sir Henry.

-¿Por qué no pregunta por los personajes del drama? -le sugirió con una sonrisa.

Jane seguía mirándole desorientada.

-Que haga la presentación de los personajes por orden de aparición -continuó sir Henry en tono amable.

-¡Ah, sí! -exclamó Jane-. Es una buena idea.

Mrs. Bantry empezó a contarlos con los dedos.

-Sir Ambrose, Sylvia Keene (la joven que murió), una amiga suya que pasaba unos días allí llamada Maud Wye, una de esas muchachas morenas y feas que no sé cómo se las arreglan para resultar atractivas, nunca he sabido cómo lo consiguen. Luego un tal Mr. Curie, que había ido a discutir acerca de algunos libros con sir Ambrose, libros raros con títulos en latín, todos ellos mohosos pergaminos. Jerry Lorimer, una especie de vecino. Su finca, Firlies, lindaba con la de sir Ambrose. Y una tal Mrs. Carpenter, una de esas gatas de mediana edad que siempre se las arreglan para instalarse cómodamente en cualquier parte. Supongo que en cierto modo hacía de dame de compagnie de Sylvia.

-Ahora me toca a mí -dijo sir Henry-, puesto que estoy sentado junto a miss Helier. Y quiero saber muchas cosas. Quiero que nos haga una breve descripción, Mrs. Bantry, de todos los personajes.

-¡Oh! -Mrs. Bantry vacilaba.

-Empiece por sir Ambrose -continuó sir Henry-. ¿Qué tal era?

-¡Oh! Era un anciano de aspecto distinguido y en realidad no muy viejo, supongo que no tendría más de sesenta años. Pero estaba muy delicado, tenía el corazón muy débil y no podía subir la escalera. Tuvieron que ponerle ascensor y por eso parecía mayor de lo que era en realidad. De modales refinados... cortés, sí, creo que ésa es la palabra que mejor lo definiría. Nunca se enfadaba o se mostraba molesto. Tenía unos hermosos cabellos blancos y una voz particularmente agradable.

-Bien -dijo sir Henry-. Ya conozco a sir Ambrose. Ahora pasemos a Sylvia. ¿Cómo dijo que se llamaba?

-Sylvia Keene. Era muy bonita, mucho. Rubia y con un cutis precioso. Tal vez no muy inteligente, mejor dicho, bastante estúpida.

-¡Oh, vamos, Dolly! -protestó su esposo.

-Es natural que Arthur no piense así -dijo Mrs. Bantry en tono seco-. Pero era estúpida. En realidad nunca decía nada que valiera la pena escuchar.

-Era una de las criaturas más agraciadas que he visto nunca -dijo el coronel Bantry acaloradamente-. Si la hubiesen visto jugando al tenis: encantadora, realmente encantadora. Y

rebosaba simpatía. Era divertidísima y muy bonita. Apuesto a que todos los jóvenes pensaban así.

-Ahí es donde te equivocas -dijo Mrs. Bantry-. Las jóvenes así no tienen encanto para los muchachos de hoy en día. Sólo a los viejos chapados a la antigua como tú, Arthur, les gustan las chicas jóvenes.

-Ser joven no lo es todo -intervino Jane-. Hay que tener S.A.

-¿Qué es S.A.? -quiso saber exactamente miss Marple.

-Sex appeal -replicó Jane.

-¡Ah, sí! -dijo miss Marple-. Lo que en mis tiempos se llamaba "encanto".

-No es mala descripción -comentó sir Henry-. Creo haber entendido que ha descrito usted a la dame de compagnie como una gata, Mrs. Bantry.

-No me refería a una gata, sino a algo muy distinto -exclamó Mrs. Bantry-. Adelaida Carpenter era una persona muy dulce.

-¿Qué edad tendría?

-¡Oh! Yo diría que unos cuarenta años. Llevaba algún tiempo en la casa, creo que desde que Sylvia tenía once años. Era una persona de mucho tacto. Una de esas viudas que quedan en una situación económica delicada, con muchos parientes aristócratas, pero sin dinero. A mí no me gustaba mucho, pues nunca me han gustado las personas de manos blancas y largas, ni tampoco los gatos.

-¿Y Mr. Curie?

-¡Oh! Era uno de esos ancianos encorvados. Hay tantos como él, que apenas se distinguen unos de otros. Demostraba gran entusiasmo cuando se hablaba de sus librejos, pero ninguno por otras cosas. No creo que sir Ambrose le conociera muy bien.

-¿Y Jerry, el vecino?

-Era un muchacho realmente encantador y estaba prometido a Sylvia. Por eso fue tan triste.

-Quisiera saber... -empezó a decir miss Marple, y luego se calló.

-¿Qué?

-Nada, querida.

Sir Henry contempló a la anciana con curiosidad y al cabo dijo pensativo:

-De modo que esa joven pareja estaban prometidos. ¿Hacía mucho tiempo que eran novios?

-Cosa de un año. Sir Ambrose se había opuesto a su noviazgo pretextando que Sylvia era demasiado joven. Pero tras un año de relaciones se prometieron y la boda debía haberse celebrado muy pronto.

-¡Ah! ¿Tenía alguna propiedad esa joven?

-Casi nada, sólo unas cien o doscientas libras al año.

-Ahí no hay gato encerrado, Clithering -dijo el coronel Bantry riendo.

-Ahora le toca preguntar al doctor -dijo sir Henry-. Yo me reservo por ahora.

-Mi curiosidad es principalmente profesional -dijo el doctor Lloyd-. Quisiera saber el informe médico que se presentó en la encuesta oficial, es decir, si nuestra anfitriona lo recuerda o lo sabe.

-Creo que lo recuerdo, más o menos -replicó Mrs. Bantry-. Dijeron que la muerte fue debida a envenenamiento por digitalina. ¿Lo digo bien?

El doctor Lloyd asintió.

-El principio activo de la dedalera, la digitalina, actúa sobre el corazón. Por cierto, que es una droga muy valiosa para ciertas afecciones cardíacas. Es un caso muy curioso. Nunca hubiera pensado que tomar una infusión de hojas de dedalera pudiera resultar fatal. Se han exagerado mucho los daños producidos por comer hojas venenosas y bayas. Muy pocas personas comprenden que el principio vital o alcaloide ha de ser extraído con mucho cuidado y elaboración.

-Mrs. McArthur envió el otro día unos bulbos especiales a Mrs. Toomie -explicó miss Marple-. La cocinera los tomó por cebollas y, al comerlos, toda la familia se puso enferma.

-Pero no murió nadie -dijo convencido el doctor Lloyd

-No, no se murió nadie -admitió miss Marple.

-Una amiga mía murió envenenada por alimentos en mal estado -dijo Jane Helier.

-Debemos continuar con nuestro crimen -intervino sir Henry.

-¿Crimen? -exclamó Jane sobresaltada-. Creía que se trataba de un accidente.

-Si fuera un accidente -respondió sir Henry en tono amable-, no creo que Mrs. Bantry nos hubiera contado esta historia. No, por lo que deduzco, fue accidente sólo en apariencia, detrás se escondía algo más siniestro. Recuerdo un caso: varios invitados a una fiesta charlaban después de cenar. Las paredes estaban adornadas con toda clase de armas antiguas. Bromeando, uno de los reunidos cogió una vieja pistola y apuntó a otro simulando disparar. La pistola estaba cargada y se disparó, matando al otro hombre. Tuvimos que averiguar primero quién había preparado secretamente la pistola y, segundo, quién había dirigido la conversación para obtener el resultado final, pues el hombre que había disparado el arma era completamente inocente.

Me parece que en este caso se nos presenta el mismo problema. Esas hojas de dedalera fueron mezcladas deliberadamente con las de salvia sabiendo cuál sería el resultado. Puesto que descartamos a la cocinera... la descartamos, ¿verdad...?, la pregunta es: "¿Quién cogió las hojas y las llevó a la cocina?".

-Eso es fácil de responder -dijo Mrs. Bantry-. Por lo menos la última parte de la

pregunta. Fue la propia Sylvia quien las llevó a la cocina. Formaba parte de sus ocupaciones diarias recoger la ensalada, las hierbas, los manojos de zanahorias, todas esas cosas que los jardineros nunca escogen bien. No les gusta coger nada tierno, esperan hasta que maduran demasiado. Sylvia y Mrs. Carpenter solían ir a buscarlas ellas mismas, y había una mata de dedalera entre las de salvia en una esquina y por ello la equivocación era bastante natural.

-Pero ¿las cogió la propia Sylvia?

-Eso nadie lo sabe, se dio por supuesto.

-Las suposiciones son siempre muy peligrosas -comentó sir Henry.

-Pero sé que no fue Mrs. Carpenter -replicó Mrs. Bantry-, porque dio la casualidad de que estuvo toda la mañana paseando conmigo por la terraza. Salimos después de desayunar. Hacía un día extraordinariamente cálido y espléndido para estar tan a principios de primavera. Sylvia bajó sola al jardín, pero más tarde la vi paseando del brazo de Maud Wye.

-De modo que eran grandes amigas, ¿verdad? -preguntó miss Marple.

-Sí -contestó Mrs. Bantry y pareció querer añadir algo más, pero no lo hizo.

-¿Llevaba muchos días en la casa? -quiso saber miss Marple.

-Unos quince días -dijo Mrs. Bantry con voz preocupada.

-¿No le gustaba miss Wye? -insinuó sir Henry.

-Sí, eso es lo malo, que sí.

La preocupación de su voz se trocó en disgusto.

-Usted nos oculta algo, Mrs. Bantry -dijo sir Henry en tono acusador.

-Sí, hace un momento también yo he querido preguntarle algo -dijo miss Marple-, pero he preferido callar.

-¿El qué?

-Cuando usted dijo que esa joven pareja se había prometido y que por eso resultaba tan triste. Su voz no me sonó del todo convencida cuando lo dijo, no sé si me comprende.

-Qué temible es usted -replicó Mrs. Bantry-. Parece que siempre sepa las cosas. Sí, pensaba en algo, pero en realidad no sé si debo decirlo o no.

-Tiene que decirlo, déjese de escrúpulos de una vez -intervino sir Henry.

-Bien, pues era sólo esto -continuó Mrs. Bantry-. Una noche, precisamente la anterior a la tragedia, salí a la terraza antes de cenar. La ventana del salón estaba abierta y por casualidad vi a Jerry Lorimer y a Maud Wye. El... bueno, la estaba besando. Claro que yo ignoraba si se trataba de un flirteo sin importancia, o si... bueno, quiero decir que nunca se sabe. Yo sabía que a sir Ambrose nunca le había gustado Jerry Lorimer, tal vez porque sabía que era de ese estilo. Pero de una cosa estoy segura: esa chica, Maud Wye, estaba realmente interesada por él. Sólo había que ver cómo lo miraba cuando no se creía observada. Y, además, hacían mejor pareja que él y Sylvia.

-Voy a hacerle rápidamente una pregunta antes de que se me adelante miss Marple -dijo sir Henry-. Quiero saber si, después de la tragedia, Jerry Lorimer se casó con Maud Wye.

-Sí -dijo Mrs. Bantry-, seis meses después.

-¡Oh! Scherezade, Scherezade -dijo sir Henry-. ¡Y pensar en cómo nos presentó su historia al principio! Nos dio los huesos pelados y hay que ver la carne que vamos encontrando ahora en ellos.

-No hable usted así, no sea tan macabro -dijo Mrs. Bantry-. Y no emplee la palabra carne. Los vegetarianos siempre lo hacen. Dicen "yo nunca como carne" de un modo que le quitan a uno las ganas de comerse la chuleta que tiene delante. Mr. Curie era vegetariano y solía desayunar una especie de mejunje parecido al salvado. Los ancianos encorvados que llevan barba suelen tener muchas manías y llevan ropa interior muy particular.

-¿Qué sabes tú de la ropa interior que llevaba el señor Curie? -preguntó su marido.

-Nada -replicó Mrs. Bantry muy digna-. Sólo lo imagino.

-Voy a rectificar mi declaración -dijo sir Henry-. Debo reconocer que los personajes de este drama son muy interesantes. Empiezo a conocerlos a todos. ¿Verdad, miss Marple?

-La naturaleza humana es siempre interesante, sir Henry. Y es curioso ver cómo cierto tipo de personas tienden a actuar siempre del mismo modo.

-Dos mujeres y un hombre -dijo sir Henry-. El eterno triángulo. ¿Es ésa la base de nuestro problema? Yo creo que sí.

El doctor Lloyd se aclaró la garganta.

-He estado pensando -empezó con bastante dificultad-. ¿Dice usted, Mrs. Bantry, que usted también se sintió indispuesta?

-¡Por supuesto! ¡Y Arthur! ¡Y todos!

-Eso es, todos -dijo el médico-. ¿Comprenden lo que quiero decir? En la historia que sir Henry acaba de contarnos, un hombre disparó contra otro, pero no contra todos los que se encontraban reunidos en la habitación.

-No comprendo -replicó Jane-. ¿Quién disparó contra quién?

-Lo que quiero decir es que quienquiera que planease el crimen lo hizo de un modo muy particular. O bien con una fe ciega en la casualidad o con un desprecio absoluto de la vida humana. Apenas puedo creer que exista un hombre capaz de envenenar deliberadamente a ocho personas con el objeto de suprimir a una de ellas.

-Ya veo por dónde va -dijo sir Henry pensativo-. Confieso que debiera haber pensado en esto.

-¿Y no pudo haberse envenenado él también? -preguntó Jane.

-¿Faltó alguien a la mesa aquella noche? -quiso saber miss Marple.

Mrs. Bantry meneó la cabeza.

-Excepto Mr. Lorimer, supongo, querida. Él no vivía en la casa, ¿no es cierto?

-No, pero aquella noche cenaba con nosotros -respondió Mrs. Bantry.

-¡Oh! -exclamó miss Marple-. Eso cambia mucho las cosas.

Y agregó frunciendo el entrecejo y como para sus adentros:

-He sido una tonta.

-Confieso que sus palabras me han desconcertado, Lloyd -dijo sir Henry-. ¿Cómo asegurarse de que la muchacha y sólo ella tomase la dosis fatal?

-No era posible -replicó el doctor-. Eso nos plantea otra cuestión. Supongamos que la joven no fuera la víctima pretendida.

-¿Qué?

-En todos los casos de envenenamiento por vía oral el resultado es muy incierto. Varias personas se sirven del mismo plato, ¿y qué ocurre? Una o dos enferman ligeramente, otras dos, digamos, de gravedad, y otra fallece. Así es como ocurre siempre, no es posible tener plena seguridad. Pero hay casos en los que puede intervenir otro factor. La digitalina es una droga que afecta directamente al corazón, y como les he dicho se receta en ciertos casos. Ahora bien, en la casa había una persona que sufría del corazón. Supongamos que fuese la víctima escogida. Lo que no sería fatal para el resto, lo iba a ser para él, o eso es lo que pudo suponer el asesino. Que todo resultara distinto es sólo una prueba de lo que acabo de decirles: la incertidumbre y relatividad de los efectos de las drogas en los seres humanos.

-¿Cree usted que la víctima tenía que haber sido sir Ambrose? -preguntó sir Henry.

-Sí, sí, y la muerte de la joven fue un error.

-¿Quién heredó su dinero después de su muerte? -preguntó Jane.

-Una pregunta muy sensata, miss Helier. Una de las primeras que hacía siempre en mi antigua profesión -dijo sir Henry.

-Sir Ambrose tenía un hijo -replicó lentamente Mrs. Bantry-. Se había peleado con él durante muchos años anteriormente. Creo que era muy rebelde. No obstante, no estaba en manos de sir Ambrose poder desheredarlo ya que Clodderham Court pasaba de padres a hijos. Martin Bercy heredó el título y la hacienda. Sin embargo, sir Ambrose tenía bastantes propiedades más que podía dejar a quien quisiera y que dejó a su pupila Sylvia. Sé que sir Ambrose falleció al cabo de medio año de haber sucedido lo que les estoy contando y no se tomó la molestia de hacer nuevo testamento después de la muerte de Sylvia. Creo que el dinero pasó a la Corona, o tal vez a su hijo como pariente más cercano, no lo recuerdo exactamente.

-De modo que los únicos que podían realmente beneficiarse de la muerte de sir Ambrose eran un hijo que no estaba allí y la muchacha que falleció -resumió sir Henry, pensativo-. No resulta muy prometedor.

-¿La otra mujer no heredó nada? -preguntó Jane-. Ésa que Mrs. Bantry califica de

"gata".

-En el testamento no constaba su nombre -dijo Mrs. Bantry.

-Miss Marple, no nos escucha usted -le dijo sir Henry-, parece estar muy lejos.

-Estaba pensando en el anciano Mr. Badger, el farmacéutico -contestó la aludida-. Tenía un ama de llaves muy joven, lo suficiente no sólo para ser su hija, sino para ser su nieta. No dijo una palabra a nadie, y su familia y un montón de sobrinos abrigaban la esperanza de heredarle. Y cuando falleció, ¿quieren ustedes creerlo?, llevaba dos años casado con ella en secreto. Claro que Mr. Badger era farmacéutico y también un hombre muy rudo y vulgar, y sir Ambrose Bercy un caballero muy fino, según dice Mrs. Bantry, pero en conjunto la naturaleza humana es la misma en todas partes.

Hubo una pausa, durante la cual sir Henry miró fijamente a miss Marple, quien no apartó sus ojos azules e inteligentes hasta que Jane Helier rompió el silencio con una pregunta.

-¿Mrs. Carpenter era bien parecida? -preguntó.

-Sí, pero sencilla, nada llamativa.

-Tenía una voz muy agradable -dijo el coronel Bantry.

-Ronroneante, así es como yo la llamo -intervino Mrs. Bantry-. ¡Ronroneante!

-A ti también van a llamarte "gata" cualquier día de estos, Dolly.

-Me gusta serlo en mi casa -replicó ella-. De todas formas, ya sabes que no me gustan mucho las mujeres. Sólo los hombres y las flores.

-Un gusto excelente -exclamó sir Henry-. Especialmente por haber nombrado a los hombres en primer lugar.

-Eso fue por delicadeza -respondió Mrs. Bantry-. Bueno, ¿qué me dicen de mi problemita? Me parece que he jugado limpio, Arthur. ¿No crees que he jugado muy limpio?

-Sí, querida. Pero no creo que haya una investigación sobre la limpieza de la carrera por los comisarios del Jockey Club.

-Usted primero -dijo Mrs. Bantry señalando a sir Henry.

-Tal vez me extienda excesivamente en mis deducciones, ya que no tengo ninguna seguridad en este caso. Primero consideremos a sir Ambrose. No creo que empleara un método tan original para suicidarse, y por otro lado no ganaba nada con la muerte de su pupila. Descartado sir Ambrose. Ahora Mr. Curie. No tenía motivos para matar a la joven. De haber sido sir Ambrose su presunta víctima, posiblemente hubiera robado un par de manuscritos raros que nadie hubiera echado de menos. Es una teoría muy cogida por los pelos y poco probable. De modo que considero que, a pesar de las sospechas de Mrs. Bantry en cuanto a su ropa interior, Mr. Curie queda eliminado. Miss Wye. ¿Motivos para matar a sir Ambrose? Ninguno. ¿Motivos para matar a Sylvia? Poderosos. Ella quería al prometido de Sylvia con locura, según dice Mrs. Bantry. Aquella mañana estuvo en el jardín con Sylvia, de modo que tuvo oportunidad de coger las hojas. No, no podemos descartar a miss Wye así como así y tampoco al joven Lorimer. Existen motivos en ambos casos. Si se deshace de su

novia puede casarse con la otra. No obstante, me parece excesivo asesinarla. ¿Qué significa hoy en día la ruptura de un compromiso? Si muere sir Ambrose, se casará con una mujer rica en vez de con una pobre. Eso puede tener importancia o no, depende de su situación económica. Si descubro que sus propiedades estaban hipotecadas y Mrs. Bantry nos ha ocultado deliberadamente este detalle, no habrá sido juego limpio. Ahora Mrs. Carpenter. Yo sospecho de Mrs. Carpenter. Estas manos tan blancas y su magnífica coartada en el momento en que fueron cogidas las hojas. Siempre desconfío de las coartadas. Y tengo otra razón para sospechar de ella, que me reservo. No obstante, a grosso modo, si tuviera que acusar a alguien sería a miss Maud Wye ya que tenemos más pruebas contra ella que contra nadie.

-Ahora usted -dijo Mrs. Bantry señalando al doctor Lloyd.

-Creo que se equivoca usted, Clithering, al aferrarse a la teoría de que la muerte de la joven fuese intencionada. Estoy convencido de que el asesino intentaba deshacerse de sir Ambrose. No creo que el joven Lorimer tuviera los conocimientos necesarios y me siento inclinado a creer que la culpa fue de Mrs. Carpenter. Llevaba mucho tiempo en la casa, conocía el estado de salud de sir Ambrose y pudo disponer con facilidad que esa joven Sylvia (que usted misma dice que era bastante estúpida) cogiera las hojas adecuadas. Confieso que no veo qué motivos pudo tener, pero me aventuro a suponer que, en otro tiempo, sir Ambrose hizo un testamento en que era mencionada. Es lo mejor que se me ocurre.

Mrs. Bantry pasó a señalar a Jane Helier.

-Yo no sé qué decir -dijo Jane-, excepto esto: ¿Por qué no pudo haberlo hecho la propia muchacha? Después de todo, ella llevó las hojas a la cocina. Y usted dice que sir Ambrose se había opuesto al noviazgo. Al morir él, conseguiría el dinero para poder casarse en seguida. Debía conocer el estado de salud de sir Ambrose tan bien como Mrs. Carpenter.

El índice de Mrs. Bantry señaló a miss Marple.

-Ahora usted, la profesora -le dijo.

-Sir Henry lo ha expresado todo claramente, muy claramente -dijo miss Marple-. Y el doctor Lloyd también tuvo razón en lo que dijo. Entre los dos lo han dejado todo bien claro. Sólo que no creo que el doctor Lloyd haya comprendido lo que implica algo que él mismo ha dicho. Veamos, al no ser el médico habitual de sir Ambrose, no podía saber exactamente qué clase de afección cardiaca padecía, ¿no les parece?

-No acabo de comprender lo que quiere usted decir, miss Marple -dijo el doctor Lloyd.

-Usted supone que sir Ambrose tenía un corazón al que le afectaría la digitalina, pero no hay nada que lo pruebe. Pudo ser todo lo contrario.

-¿Lo contrario?

-Sí, usted dijo que a menudo se receta digitalina para ciertas afecciones del corazón.

-Aunque así sea, miss Marple, no veo adonde quiere usted ir a parar.

-Pues significaría que podía tener digitalina en su poder con toda naturalidad, sin dar explicaciones. Lo que trato de decir (siempre me expreso tan mal), es esto: Supongamos que usted deseara envenenar a alguien con una dosis mortal de digitalina. ¿No sería lo más sencillo y el medio más fácil procurar que todos sufrieran un envenenamiento producido por hojas de dedalera, que contienen digitalina? No sería fatal para ninguno de los otros, pero

nadie se sorprendería de que hubiera una víctima ya que, como ha dicho el doctor Lloyd, estas cosas son muy imprecisas. Nadie se molestaría en averiguar si la joven había tomado ya previamente una dosis fatal de digitalina. Pudo ponérsela en un combinado, en el café o incluso hacérselo beber simplemente como un tónico.

-¿Quiere usted decir que sir Ambrose envenenó a su pupila, la encantadora joven a la que tanto apreciaba?

-Exactamente -replicó miss Marple-. Igual que Mr. Badge y su joven ama de llaves. No me digan que es absurdo que un hombre de sesenta años se enamore de una joven de veinte. Sucede cada día, y me atrevo a decir que un autócrata como sir Ambrose pudo tomárselo muy a pecho. Esas cosas a veces se convierten en una obsesión. No podía soportar la idea de verla casada. Hizo cuanto pudo por evitarlo y fracasó. Sus celos crecieron de tal modo que prefirió matarla antes de dejar que se casara con el joven Lorimer. Debía haberlo planeado bastante antes, ya que las semillas de dedalera tuvieron que ser sembradas entre la salvia. Cuando llegó la ocasión, él mismo las cogió y envió a Sylvia con ellas a la cocina. Es horrible pensarlo, pero supongo que debemos juzgarle con toda la benevolencia que podamos. Los hombres de edad son algunas veces muy suyos en lo que se refiere a las chicas jovencitas. Nuestro último organista... pero no hablemos más de los escándalos.

-Mrs. Bantry -preguntó sir Henry-. ¿Fue así?

Mrs. Bantry asintió.

-Sí, yo no tenía la menor idea, nunca pensé que pudiera tratarse de otra cosa más que de un accidente. Luego, después de la muerte de sir Ambrose, recibí una carta. Había dejado instrucciones para que me fuera enviada y en ella me contaba la verdad. No sé por qué, pero él y yo siempre nos habíamos llevado muy bien.

Durante el momentáneo silencio percibió una crítica callada y se apresuró a agregar:

-Ustedes creen que estoy traicionando una confidencia, pero no es así. He cambiado todos los nombres. En realidad, no se llamaba sir Ambrose Bercy. ¿No se dieron cuenta de la extrañeza con que me miró Arthur cuando dije el nombre por primera vez? Al principio no me entendía. Lo he cambiado todo. Como dicen en las revistas y al principio de las novelas: "Todos los personajes que aparecen en esta historia son puramente imaginarios". Nunca sabrán ustedes quiénes fueron en realidad.